

"Radiaciones/ni pez ni huertos/radiaciones./Estamos creciendo a golpe/de muerte y de más muertes/sin saberlo" p. 43.

La negación de la energía, de la voluntad aparece no ya como amenaza sino como una realidad que nos conduce a tiempos primigenios. Desfilan personajes del antiguo cristianismo, de la mitología clásica, y del presente siglo tejiendo una imagen de muerte, de agonía, de misterio. Una sensación de desolación recorre los versos.

"Einstein/torcidas sus raíces sus impulsos abuelos/sus anhelos pánicos/solloza por los campos devastados/por la lezna y los clavos desasidos/por la traicionada ronda de mágicas sandalias/por la canción de los zapatos/rozando las mejillas del rocío y la rosa" p. 53.

El poemario revela un yo poético que inicialmente prefiere desplegar en la sensualidad y su búsqueda infructuosa por una permanencia con la cual acallar la angustia que su propia lucidez alimenta; más tarde será la afirmación del pasado como recuerdo, la única posibilidad de consolidar un presente y un futuro. Pero en este presente y futuro bulle la denuncia del fracaso del hombre por crear y mantener la paz; entreviéndose en este panorama incierto la esperanza en la constitución de un nuevo ser que retome y efectivice el cambio, una vuelta al orden, a la armonía perdida.

Esther Castañeda Vielakamen

Riveros, Juan Pablo: *Nimia/ poemas en prosa*. Santiago de Chile, Alfabetá impresores, 1980. 121 págs.

Entre los poetas chilenos que iniciaron su vida literaria durante la pasada década —lenguajes de dolor, poéticas del silencio— podemos observar dos tendencias o modos generales, referidos a la concepción misma de la poesía. Uno lleva a la metáfora/superación de la tragedia de nuestro pueblo mediante la palabra y tiende a una meta o antipopeya, a veces altamente elaborada, como es el caso de Zurita, Nómez, Etcheverry. Otros han elegido la exorcización/distanciamiento de la ironía, en una especie de reciclaje en clave opuesta de los residuos incorruptos de antipoema parriano —acaso

espiritual, pero no técnicamente aboleto. Allí donde predicó el (nuevo) Cristo de Elqui no debería crecer ni la hierba ni la palabra y sin embargo, crecen en abundancia. La floración es nutrida y aquí, en verso y también en prosa, aparece una escritura de estilo sofisticadamente parvulario, verbo y pathos del "pergenio", sea éste de años veidamente precoces, o atribuidos.

En la poética —para nacia *nimia*— que regula y penetra los textos de Riveros, podemos leer un proceso diverso a los antes señalados, y que pocos han intentado, "adentro" o "afuera". Hay aquí una escritura de distanciamiento, desdoblamiento y trastocamiento que es "el fruto razonado de hondas intuiciones, exteriorizadas en formas implacablemente castigadas hasta hacerlas eficaces" según apunta el *epilogoísta* Mauricio Ostria González, en su detenido estudio introductorio a la poesía de Riveros, de leerse al final del libro.

Es posiblemente gratificante descubrir que estos textos se insertan en una tradición de poesía mayor latinoamericana (aunque su tono sea a veces deliberadamente o irónicamente coloquial, a la manera de Maldoror), poesía visionaria, crítica desde dentro del texto, que va de Martí a Vallejo, Westphalen y Rosamel del Valle, con raíces por supuesto todavía más lejanas y que no es el caso de analizar aquí.

Riveros ofrece una notable capacidad de recrear la materia literaria desde su mismo origen —aunque las referencias, ya anotadas, sean a veces obvias— y el resultado es sorprendentemente nuevo. Riveros es capaz de crear un paisaje diferente, un país diferente dentro de su literatura. Son 46 textos que *parecen* poemas, pero que a nuestro entender apuntan a algo más vasto, que Riveros deberá descubrir/inventar/construir para nosotros.

Este libro representa también una forma de revitalizar desde otra angulación el horror nacional que la denuncia reiterada en la forma había terminado por absorber, neutralizar en sí misma. Hay en este libro una muerte implícita por frío, el frío de la detención de la vida: "los hombres pasan, dejando un hilillo inconsciente de sangre en la nieve . . . y el hilo cristaliza con la paciencia de la inmensidad. . ." (p. 15).

"Nieve con pobreza en toda la ciudad. . ." (p. 10). "Luego el día nevaba con furia" (p. 30). A despecho de su geografía y de sus nevadas latitudes, Chile no es un país de nieve, tampoco en la realidad literaria que es la proyección/realidad del alma. Es una temperatura vital que Riveros denuncia.

Sin ánimo cataloguizador o enfático, vayan algunos ejemplos de los hallazgos poéticos de este libro: "como una mujer que, tendida, se levanta, se ríe y se tiende alternativamente en un ataúd azul" (p. 36) "la bestia descendía por la pendiente y despedía de su ser alucinaciones rojas" (p. 41) "De la pared cuelgan los últimos ruidos de una esperanza imperfecta, y una corona de óxido florece en los clavos más lejanos" (p. 46) "Y el arroyo quieto fue una ríentira más" (p. 29) "la melancólica tetera permanentemente suspendida de las noches sagradas" (p. 34) "Bajo el agua había pequeñas tristezas, amaneceres que ocurrían tarde y misteriosas sonrisas de personas amadas. Unos peces miraban atónitos el mundo desde una posición incómoda. Y yo miraba el mundo desde una bolsa borracha de lluvia" (p. 16).

Más que "prosas poéticas" (término descalificado) o poemas en prosa —usado por el autor en su subtítulo— definición incompleta y que enmascara el proceso de la creación literaria, los textos de Riveros nos parecen los núcleos donde una poética prueba su facultad de pasar de menor a mayor, una estructura naciente que busca su forma madura.

Hernán Castellano-Girón

Urioste, George L. (editor y traductor): *Hijos de Pariya Quqa: La tradición oral de Waru Chiri* (mitología, ritual y costumbres), Tomos I y II. Nueva York, Universidad de Syracuse, 1983.

En 1597 el bachiller Francisco de Avila, cuzqueño de veinticuatro años de edad, fue nombrado cura de San Damián, en la provincia de Huarochiri (Waru Chiri) de la archidiócesis de Lima. Según la información acopiada por el peruano francés Pierre Duviols, esa zona ya había recibido desde hacía veinte años algunas misiones evangelizadoras y aun extirpadoras de idolatrías.

No obstante ello, Avila encontró a los naturales bien empeñados en mantener sus antiguos rituales y creencias, aunque de modo clandestino y bajo la cobertura de un fingido cristianismo. Esta situación no pasó por desapercibida para Avila, quien de inmediato se dedicó a predicar y actuar con energía contra los errores y falsos dioses de la región. Tuvo, al parecer, mucho éxito en esta labor, lo que le trajo algunos reconocimientos oficiales y aun —lo que era inevitable en razón del rigor que puso en la extirpación de idolatrías— dos procesos eclesiásticos por acusaciones de excesos y otras faltas en el ejercicio de su cargo.

Al margen de las circunstancias de fe, Avila demostró gran curiosidad por los relatos de origen y credo de los naturales que le fueron confiados. Y con aguda visión histórica —hoy más bien calificable de antropológica y etnohistórica— dispuso que las creencias que removía no se perdieran para siempre, como los ídolos y otros objetos sagrados y rituales que hacía quemar en públicos autos de fe, y fueran registradas puntualmente en la lengua vernácula. Así es como "de la mano y pluma de Thomas", copista o transcriptor puesto al servicio de este propósito, podemos contar con el manuscrito que inicia "Runa yndio ñiscap machoncuna. . ." y que actualmente se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid, desde el folio 64R hasta el 114R del volumen catalogado con el número 3169.

A juzgar por el hecho que luego se refiere, es muy probable que esa relación estuviera destinada a ser la fuente documental de un trabajo de aliento, que Avila se propuso escribir en español y que efectivamente inició en 1608 bajo el título de "Tratado y relación de los errores, falsos dioses y otras supersticiones y ritos diabólicos en que vivían antiguamente los indios de las provincias de Huaracheri, Mama y Chacilla y hoy también viven engañados con gran perdición de sus almas". Este proyecto, que en buena cuenta glosa con algún estilo literario el original quechua, no pudo avanzar Avila más allá del capítulo séptimo de la relación.

¿Qué significa en la actualidad el manuscrito "Runa yndio ñiscap machoncuna"? Al respecto creemos que nadie mejor que José María Arguedas, en su condición